

Un matrimonio de conveniencia aleja a Matilde del profesor Claudio Herrera.

Diez años más tarde, vuelve a encontrarse. Ella ha enviudado. Sin embargo, no es libre. Las cláusulas crueles de un testamento celoso la obligan a una viudez vitalicia. No puede casarse de nuevo. Al efectuar segunda nupcias, se vería privada de su fortuna. Eso no importaría. También, sería separada de su hijo.

Eso sí importa a su corazón de madre amorosa.

Alguien, interesado en el dinero de la joven viuda, hace morir al hijo. Se sospecha del profesor Herrera. Solo él puede beneficiarse con aquella muerte inesperada.

Matilde piensa de otro modo. Vuelve los ojos acusadores hacia el hermano de su marido. Como todo criminal, el malvado, en su furia homicida, siente deseos de derramar, de nuevo, sangre infantil. El monstruo es arrestado. El profesor recupera enseguida la libertad.

Bien estudiado el caso patológico. Se trata de un impulsivo. Las sensualidades precoces le han producido un profundo agotamiento nervioso. Siente la necesidad de emociones extrañas. Quiere sentirse dominado por el miedo sin límites. Por eso, busca el delito. Vive una vida de resentimientos hondos. Perdió, hace mucho, la serenidad del espíritu. Desde el instante en el que se reconoció culpable de la desmoralización inesperada de una muchacha, su corazón está repleto de pesimismo. La pérdida de tendencias morales que provocó en la doncella, lo acusa sin cesar. Está loco de remordimientos. Quiere librarse de esa angustia que, día tras día, ahoga su conciencia en una y en otra desorientación moral.

La novela, como todas las de Luis Barrantes Molina se desenvuelve con exagerada rapidez. Quien lee quisiera que el desarrollo del tema no se realizara en forma tan breve. En busca de nuevas emociones y de nuevas bellezas le gustaría que el relato se prolongara. Sin embargo, de pronto, el desenlace se precipita. El lector, con el pequeño volumen entre manos, en la amable compañía del novelista, se pone a imaginar un algo más allá de la palabra fin. Y piensa en el escritor admirable que, en un momento de desánimo, se arrancó de la patria con la intención de nunca volver a ella, hace votos sinceros porque, al desterrado voluntario, muerto hace poco en la generosa tierra argentina, se le concede descansar, para siempre, entre los suyos; bajo el manto azul de cielo que tanto supo amar. Al amparo del tricolor sagrado que, allá lejos, supo siempre enaltecer.